



nia y los diccionarios

do Javier Maríñer, hay tempestades que pueden durar hasta cinco meses. "Quienes no hayan visto esas tormentas", dice, "no podrán formarse una idea de la violencia con que se desarrollan. Durante horas enteras los relámpagos se suceden rápidamente a manera de cascadas de sangre y la atmósfera tiembla bajo la sacudida continua de los truenos, cuyos estampidos repercuten en la inmensidad de la montaña. La descripción está muy lejos de ser una obra maestra, pero bastaría para estremecer de horror al europeo menos crédulo".

Son interminables los ejemplos de la necesidad de inventar todo un sistema de palabras nuevas para nuestra realidad atravesada por el realismo mágico. F. W. Up de Graff, un explorador holandés que se aventuró en el Amazonas a comienzos del siglo XX, dijo que había transitado por una región donde no se podía hablar en voz alta porque se deslizaban torrenciales aguaceros. Dijo que conocía un arroyo de agua hirviendo donde se cocían huevos duros en cinco minutos. El propio García Márquez dijo que en la costa caribe de Colombia un hombre le rezó una oración secreta a una vaca con gusanos en la oreja, y vio caer los bichos muertos mientras el fulano hacia la oración.

No insistiremos nunca lo bastante en que el trabajo del escritor es con las palabras y su función se mantiene por las palabras, con vocablos arrancados de lo más hondo de su ser llena un manojo de papeles blancos. En el diccionario de la Academia se aceptan las palabras ya a punto de fenercer, cuando están muy gastadas por el uso, y sus definiciones son tan rígidas como el cadáver momificado de Ramsés II. Fue contra esa paula que María Moliner se dedicó a escribir su diccionario en 1951 y lo dio por terminado en 1967, no obstante esos diecisésis años de mística labor, continuó haciendo fichas a la espera de que las nuevas palabras fueran incluidas en futuras ediciones.

García Márquez se refiere al diccionario de la RAE en los términos despectivos de "terrible esperpento represivo".

Alguna vez quiso saber sobre las diferencias entre fantasía e imaginación, pero las definiciones del diccionario no sólo le resultaron muy poco comprensibles sino que, además, se daban al contrario. En una imaginación estrecha y confusa, una primera acepción definía a la fantasía como "una facultad que tiene el ánimo de reproducir por medio de imágenes". Y su segunda acepción fijaba que es

"una ficción, cuento o novela, o pensamiento elevado e ingenioso", lo cual le creó un mayor desconcierto. Según lo que nuestro admirado escritor entendía es que la fantasía no tiene nada que ver con el mundo en que habitamos, es una pura creación fantástica de un gusto poco recomendable en las producciones artísticas. Y pensaba que la imaginación era la única creación en bellas artes que le parecía válida, una virtud especial que portan los artistas para inventar una nueva realidad a partir de la existencia que viven.

Es una afición suya encontrar inexactitudes de los diccionarios y percatarse que a veces se dan cuenta de que han hecho el ridículo y lo corrigen en una edición posterior. Esto le pasó al de la Real Academia Española con la definición de "perro" "Mamífero doméstico de la familia de los cánidos, de tamaño, forma y pelajes muy diversos, según las razas, pero siempre con la cola de menor longitud que las patas posteriores, una de las cuales levanta el macho para orinar". Una precisión excesiva que se prestó para muchas burlas.

La herramienta predilecta de García Márquez es un diccionario de la vida real, como el descubrimiento que hizo por casualidad en un diccionario de orígenes, a la vez curioso y divertido. Se llama *¿Desde cuándo?* Y su autor, Pierre Germa, cataloga el origen de ochocientos objetos y costumbres de la vida cotidiana. En otra ocasión García Márquez escuchó que Aldous Huxley se había leído los casi treinta tomos de la Encyclopédie Británica y durante años quiso emular la proeza. El consuelo fue leer en una noche ese diccionario de la vida diaria con la misma tensión y el mismo deleite con que se lee una novela de misterio.

El diccionario de orígenes narra con precisión y donaire en qué lugar se construyó el primer faro, quién fue el primero que se lanzó en paracaidas, quién inventó la máquina de lava, desde cuándo se utiliza el aceite de ricino, en qué mar navegó el primer petrolero y muchas otras curiosidades. A los escritores les gustaría saber, por ejemplo, que una de las máquinas de escribir construidas en el siglo pasado (XIX) se llamaba "el piano de escribir" y que su cliente más entusiasta fue el escritor Mark Twain. Se preguntarán sin duda -porque el diccionario no lo dice- qué se hizo de la máquina de escribir en chino, que según se dijo hace muchos años había sido inventada por el escritor americanizado Lin Yutang.

Con el tiempo García Márquez terminó por adhierirse más a las leyes infalibles del sentido común, al instinto del idioma según se escucha en la calle. En su entender el mejor idioma es el más impuro, el más vivo, no el más puro. La lengua que le parece más imaginativa, más flexible, más expresiva, es la de México, quizás porque es la lengua de emergencia de un pueblo que sepultó los idiomas nacionales antiguos y a la par aprendió de forma inadecuada el que les llevó Hernán Cortés. Un buen ejemplo de esta apreciación garcia-márquiana es que los mexicanos distinguen entre "mendigo" (sin tilde) para el que pide limosna, y se usa más como sustantivo, y "méndigo" (con tilde) para el que no la da, y se emplea más como adjetivo.

Hubo que descolgar muchos almanaques antes de que supiera por sí mismo, contrario a lo que le decía el abuelo, que los diccionarios no lo saben todo y comenten equivocaciones casi siempre muy divertidas. Pero se le quedó para siempre la costumbre del ex coronel de consultar para todo el diccionario, ya que después de escribir lo consulta para comprobar si están de acuerdo.

Rubén López Rodríguez. Escritor y editor colombiano. Autor de varios libros. Fundador de la tertulia de escritores "Los Octámbulos". El artículo está incluido en "Archipiélago 46-2004".



Desde siempre

Eres en la esfera una curva
un camino hecho de sal
bajo los ojos del agua
los pleos de los volcanes
curoseando hendiduras de la Luna
abriendo cordadas de viento y arena
entrelazadas con el paso del silencio
a la distancia, Bramando en su interior
oscuro, sobre el agujón de los alacranes
de los lagartos diseminados y su piel
prendida a mis rodillas caminantes
una muestra del desierto
clavada de moscardones verdes
y sobre la noche diminutas luces
titillando artificiales
colindando con el cielo.



Adyacencia

Sobre los altares yacen los huesos
antiguos seres, habitantes de esta tierra
se incomodan con nuestra presencia
profanamos su descanso
están enojados, están con los dientes apretados
y nos miran y nos miran y nos miran
desde tumbas de arcilla y paja
desde los Chullpares
blandiendo una amenaza
si continuamos impertinentes
caminando sobre sus huesos.

Elmo Solano Cortez. Periodista, escritor y poeta. Los poemas pertenecen a su libro inédito "La rosa en la roca".

